

cuerta, al costado de sus asnillos los colmados odres, bebió largos tragos de agua del pozo. Hiciéronlo riendo sin causa disputándose los cuencos de donde el agua se derramaba mojando las túnicas listadas de rojo y blanco, las gargantas aceitunadas y tersas como dátiles verdes, los senos chicos, y los brazos bruñidos y mórbidas. Los negros ovaes ojos de las vírgenes relucían; sus dientes de granizo eran más blancos al través de los labios pálidos avivados por el agua.

Cabalgaron después en los jumentos, acomodándose para caber entre los odres, y con carcajadas locas tomaron la vuelta de su aduar.

El camellero quedóse sólo otra vez. Como había mirado devanecerse la nubecilla de la caravana, vió perderse en la limitada extensión, no del camino (el desierto es camino todo él), sino de la planicie, la polvareda que levantaba el trote de los asnos aguadores, azuzadas por las muchachas. La fiebre le consumía. Desesperado, bebió. El agua amargaba más aún.

Los días desfilaron. El enfermo los contaba por los granos del rosario de gordas cuentas que, a fuer de devoto creyente musulmán, llevaba colgado de la cintura. Porque eran iguales todos los días. Los mismos amaneceres deslumbrantes de sol en un cielo acerado; los mismos mediodías cegadores, crudamente magníficos, con lampos de brasa y rayos de sol sin velo, refractados por la amarillenta llanura; las mismas encendidas tardes, caliginosas, aspirando abrasadores soplos de terral, entrecortadas por rugidos y aullidos lejanos de fieras; las mismas noches de espléndidez implacable, en que el firmamento sombrío y puro se adornaba con sus astros y constelaciones más refulgentes, sin que ni una ráfaga de aire descendiese de la bóveda de bronce, empavonada de azul, ocelada de estrellas vivísimas, lucientes y duras como la mirada altiva del poderoso.

Y el enfermo, sin poderlo evitar, bebía, bebía..... Y el agua era a cada trago más repugnante. Dijérase que las manos de los genios enemigos del hombre desleían en el pozo bolsas de hiel, puñados de sal esencia de dolor. Llegó un momento en que las fuerzas del camellero se agotaron; en que la sola vista del agua le produjo escalofrío; y al pie del pozo, se tendió en el agostado suelo resuelto a dejarse perecer, resignado y ansioso del fin.

Una voz que le llamó,—una voz imperiosa y grave—le hizo abrir los ojos.

Tenía ante sí a un santón, un viejo morabito de larga barba argentina, de remendado traje, apoyado en una cayada, con su zurrón de mendigante al hombro. La faz requemada por el sol, presentaba nobles aguileños rasgos, y los ojos fijos en el enfermo, no revelaba piedad sino meditación serena; el estado de un alma que conoce los Libros sacros y sondea el existir. En la mano derecha el santón sostenía el cuenco lleno de agua; tal vez se disponía a apurarlo.

—No bebas, santo varón—aconsejó el camellero.—Es amargo como absintio.

Te dará horror. Yo ya no la soporto.

Sin hacerle caso, el santón bebió, y ni demostró desagrado ni complacencia.

—Este agua—murmuró después de que se hubo limpiado la boca con el revés de su mano curtida por la intemperie—no es ni amarga ni dulce; su amargor y su dulzor está en el paladar de quien la bebe; ¿No han venido aquí, desde que languideces al pie del pozo, seres jóvenes y sanos? ¿No han bebido el agua?

—Han venido—respondió el camellero—unas mozas vírgenes, muy alborotadas, a tomar aguada para su aduar. Y han alabado lo refrigerante de la bebida.

—Ya ves, respondió reposadamente el santón.—Que el ángel Azrael mire por ti y te permita encontrar tolerable al menos el agua del pozo. Yo te llevaría conmigo, sacándote de este mal paso; pero mi jumento no puede con más carga, y tengo que adelantar camino para incorporarme a una caravana, porque si voy sólo me devorarán las fieras.

Y el santón se alejó recitando un versículo del Corán. Al ver su silueta oscura desvanecerse en el horizonte inflamado, el camellero sintió que su última esperanza desaparecía, y en transporte delirante, acercóse al brocal del pozo, se agarró a él con ambas manos, y no sin trabajoso esfuerzo—¡hasta para darse la muerte se necesita vigor!—se precipitó dentro, de cabeza.

Y las aguas del pozo de la Vida, desde que se arrojó a su profundidad el camellero, sigue siendo dulces para algunos, amargas para bastantes..... Sólo hay que añadir que los de paladar fino les encuentran gusto a muerte.